VENTURA FRAGA

EL BUFON SUBLIME

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

BUFÓN SUBLIME.—*¿No es un arpa de oro lo que se ve allá entre las nubes?*

12.

IMPRENTA DE JUAN PUEYO. LUNA, 29.—MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elbufonsublimeco00frag

VENTURA FRAGA

(CHILENO)

EL BUFON SUBLIME

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

BUFÓN SUBLIME.—*¿No es un arpa de oro lo que se ve allá entre las nubes?*

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

I.—OBRAS

N.° de la procedencia

3551.

MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
Calle de la Luna, 29.
1920

Author's copyrights for all countries.

Hecho el registro y depósito legales, esta obra es propiedad del autor, y queda prohibida toda reimpresión y positura en escena sin anuencia de él.

Madrid, Alcántara 30 duplicado.

Próxima a publicarse, del mismo autor:
La ronda del Cuervo (novela).

VENTURA FRAGA,

AMERICO-HISPANO,

Con hondo afecto racial, dedica a

ESPAÑA

su «BUFÓN SUBLIME»

725366

PERSONAJES

Rey Lotario, 59 años.
Reina María, 45 años.
Princesa Eucaris, 18 años.
Condesa, prima de Lotario, 46 años.
Bufón Sublime.
Conde Raúl, 26 años.
Marqués del Val, 48 años.
Físico.
Barbero.
Fray Carísimo.
Maestresala.
Poeta.
Aya Alicia.
Aldeanillo.
Aldeanita.
Príncipes.
Cortesanos.

Pajes, heraldos, forasteros.

Epoca: siglo XVI. Corte del rey Lotario.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Sala del Consejo; estilo de la época; puerta y cortinas laterales y al fondo.

PAJES 1.º, 2.º y 3.º, sigilosamente.

PAJE 1.º—¿La princesa está a morir?

PAJE 2.º—¡Muere la princesa!

PAJE 1.º—¡¡No lo quiero!!

PAJE 2.º—¿Quién, tú?

PAJE 1.º—¡¡Yo... yo!!

PAJE 2.º—¿Eres Dios?

PAJE 1.º—He ofrecido a San Huberto dos días de cilicio y tres de ayuno.

PAJE 3.º—Yo, ni un *paternoster*.

PAJE 2.º—¿La odias?

PAJE 3.º—No la siento... Antes, cuando sonreía, un poquillo...

PAJE 2.º—¡Está enferma, Aguilucho!

PAJE 3.º—¡Enferma!... ¡Caprichos!

PAJE 2.º—El testarudo es el marqués.

PAJE 3.º—Ella se obstina en rehusarle.

PAJE 2.º—Pero la casarán.

PAJE 1.º—Eso no lo consentiré yo tampoco.

PAJE 2.º—¿Dios y rey eres tú?

PAJE 1.º—*Inspirado*. ¡Ella, flor de oro entre cardos ríspidos... Cuando la onda de sus cabellos va entre las dalias del vergel!...

PAJE 3.º—¡No lo consentirás!

PAJE 1.º—¡Mataré al marqués si es necesario!

ESCENA II

Mismos y PAJE 4.º, entrando cauteloso.

PAJE 4.º—He descubierto un complot contra la princesa...

PAJE 1.º—¿Un rapto?

PAJE 4.º—Casi... El físico está de acuerdo con el marqués para dar a Eucaris un bebedizo encantado. Escuché oculto...

PAJE 1.º—¿Y el rey?

PAJE 4.º—Lo sabe y lo tolera...

PAJE 2.º—¡Ah! Teme perder su alianza...

PAJE 4.º—¡Las mesnadas del marqués!... ¡Bravas mesnadas!... ¡Qué atavíos, qué penachos, qué picas y atambores y qué flámulas y gualdrapas!...

PAJE 1.º—¡Un filtro a la princesa! ¡Un soborno, una infamia! El amor debe ser ilusión eclorante y espontánea. Brotan las gemas en el vergel porque aman la luz...

PAJE 4.º—¡Vuelve!... ¡Atención!... *Se dispersan simulando tarea afanosa.*

PAJE 2.º—¡Aún no!... *Cautamente.* ¡A la princesa la hechizaron los de Castel! Eso me viene dando en la nariz desde Navidad...

PAJE 3.º—¡Los de Castel!...

PAJE 2.º—Y ¿habrá guerra?...

PAJE 4.º—Yo iría en las legiones, ritmando la marcha radiante de fiereza. ¡Ah, si nuevamente se cruzaran las armas!... El clarín sonará... *Imita su toque.*

PAJE 3.º—Castel está soberbio, repuesto, fuerte. La alianza de Polonio y Edgardo le han devuelto pujanza y orgullo...

ESCENA III

Los mismos y el MAESTRESALA.

MAESTRE.—*Entrando sorpresivamente.* ¡Bellacones! ¡Os escuchaba!... ¿Qué enredillos, qué comentarios son esos?... ¡Parlanchines! Disertad sobre la caza del halcón, o la cogulla del fantasma de la Selva Negra, o la pantorrilla magra de la condesa; ¡quede en paz la joya de palacio!... No ha de curarla vuestra gárrula petulancia .. ¡Charlatanes! .. Alistad las bancas... Claustro pleno... *Ordena, mira, dispone...* ¡Y ahora, ¡afuera!, ¡afuera! *Indicando con el dedo.*

ESCENA IV

MAESTRE y CONDESA.

CONDESA.—*Misteriosamente.* ¿Qué sabéis, maese?

MAESE.—Pronto atraparé algo, condesa; ¡soy todo orejas!

CONDESA.—¿Quiénes son?

MAESE.—Fray Carísimo, el barbero y un físico ignoto... Viene de Tierra Santa con el agua viva del Jordán y el óleo purísimo de Getsemaní.

CONDESA.—¡Maese, si supieseis cuánto deseo atisbar la consulta ¡Si lograra oir algo siquiera!

MAESE.—¡Hum! Eso es difícil, condesa. Yo al menos, yo no puedo, condesa. Lo siento, pero no puedo. Un deber palatino...

CONDESA.—¿Y ocultándome? Ahí. ¿Os parece? ¿Detrás del cortinón?

MAESE.—Condesa, forzáis mi fidelidad.

CONDESA.—¿Y con la venia del rey?

MAESE.—Lo creo inútil, condesa. Ni la reina misma. ¡Ella también se empeñaba! Hay que dejar a la ciencia campo ilimitado para invadir cierto terreno de cariz teológico, grave, muy grave, sumamente grave condesa.

CONDESA.—Es eso lo que me atraía, maese; esa gravedad, esa suma gravedad. *Suspira.* ¡Hágase la voluntad de Dios! *Confidencialmente.* Maese, decid: ¿podríais obtener, aunque fuera rapiñando, algo de esa agua viva del Jordán? Dicen que rejuvenece. Cinco, seis gotas.

MAESE.—*Aparte.* Para vos no bastaría un río... Y además, ¿si resulta que no es del Jordán...? ¡Qué chasco para vuestras mejillas, condesa!

CONDESA.—Maese, el físico, ¿es gentil, es joven?

MAESE.—Puede que sí, puede que no.

CONDESA.—*Pensativa y mimosa. Saliendo.* No olvidéis el agua del Jordán, si se puede. ¡Cinco, seis gotas!

MAESE.—*Aparte.* ¡Os zamparía en el Jordán! *Llama.* ¡Pajes, pronto! Aguilucho, Barbián, Querubín... ¡Piara de Satanás! ¿No oís?

ESCENA V

MAESE Y PAJES.

MAESE.—¡Avispaos! Traed la escribanía de sándalo... Estos histriones de jeringa y lanceta no pueden recetar sino sobre mesas preciosas y ataraceadas... Y hay que complacerles. *Al Paje 1.º* Vos, id por las plumas recién cortadas; las de la garza real, ¿entendéis?

PAJE 1.º—*Remolón.* Voy, maese.

MAESE.—¡Pronto!... ¿Qué tienes en los ojos, qué vaguedad es esa? Se diría que has dormido bajo la luz de la luna...? *Prosigue mirando y disponiendo aparatosamente.*

ESCENA VI

MAESTRE, y después PAJES con la escribania.

PAJE 1.º—Sólo tres plumas alcé, en nombre de la Trinidad Sacratísima.

MAESTRE.—Aquí la escribanía, frente al asiento del nuevo físico. *A los Pajes.* Es un físico famoso. Sabe escribir... Ya, iniciándose, como quien preludia gravemente, saludó al rey con una finchada reverencia y un *pater et filius* cavernoso, que demuestra su latinidad profunda. ¡Cómo dijo aquello *pater et filius!* ¡Estoy alelado, confundido! ¡Qué sapiencia! Veamos las plumas... *Prueba una.* ¡Satanás! Debo estar hechizada. Al hacer el signo de la cruz me ha salpicado hasta la nuca..

¿De qué garza la habrán extraído...? Quemad esa pluma. *Prueba las otras...* Esta, sí... ¡Hermosa cruz! *Al Paje 2.º* ¡Avisad! *Sale el Paje. Sigue el maestro inspeccionando enfáticamente.*

ESCENA VII

Rey, Barbero, Físico; Fray Carísimo, entrando. Se sienta el Rey.

Fray.—Majestad, ¿permitís?

Rey.—Hablad. Yo sólo escucharé... Sois vosotros los llamados a resolver la encantada y mansa rebeldía, la taciturna, la hosca hurañez de la princesa. Discutid, opinad, reñid, si es menester; pero librad a Eucaris de este hechizo, de esta mansedumbre boba. No quiero flores mustias en mis pensiles. Amor, vivacidad, canto y danza; eso deseo, lo que era antes la princesa.

Físico.—*Al Barbero.* Explicadme, colega, el caso con todos sus detalles, y procurad ajustaros a lo que enseña Hipócrates, *Reverencia,* el inconmensurable Hipócrates, en su tratado de los sueños.

Fray.—Dispensadme, majestad; antes de abrir discusión, invoquemos las luces divinas... «Pater noster, qui est in coelo...» *Sigue en voz baja.*

Barbero.—*Entonándose y carraspeando.* La princesa era un cervatillo; traviesa, corría, burlaba, iba por los senderos del bosque persiguiendo mariposas. (A mí me perseguía con varillas espinudas.) Un día, creo que era el de San Esteban, martes o viernes, nublado o radiante, estando Tauro no recuerdo en qué punto del zodíaco, hace dos años, la princesa sufrió una transformación extraña, una metamorfosis sombría... No me lo explico. Desde entonces divaga muda, pensativa, inapetente... Vive porque sí...

Físico.—¿Y nada más exponéis?

Fray.—Majestad, el aya Alicia díjome tenía revelaciones y secretos que manifestarnos.

Rey.— Oigámosla.

Barbero.—Se diría que han echado sobre la princesa una bruma mortecina, de esas que la bruja Melián, sacudiendo sus crenchas grises, espolvorea en la noche del sabat...

Fray. —*Bate las manos... Aparece el Maestresala.* Venga Alicia.

Barbero.—He sangrado a la princesa varias veces, conforme a las prescripciones de Paracelso... Apoyé la lanceta en el índice y...

Fray.—Antes de sangrarla, ¿con qué preces invocasteis?... Vuestra lanceta, ¿no estaría hechizada, seor barbero?

Rey.—Insinuáis bien, Fray Carísimo...

Barbero.—¿Hechizada?

Fray.—*Al Barbero.* ¿Sabéis el caso de Sor María, la guardiana del

convento mayor?... ¡Ah! ¿No lo sabéis? ¡Gordo relato! ¡Abrid el ojo, ilustre barbero!

REY.—¡Referid, referid! *Silencio expectante.*

FRAY.—Era Sor María una madre sanota, rolliza. Alma célica del refertorio, sugería con infusa gracia viandas y postres dignos del capellán más empingorotado... Sor María va una tarde a la huerta (maese barbero, atención). Arranca, sin santiguarse,—grave error de Sor María,— un hermoso membrillo, más pesado que un cordero pascual. Va, lo confitura con sus angélicas manos; come regaladamente, y acto continuo queda posesa... Fuí yo mismo a exorcizarla, majestad, yo mismo. Sólo después de ímprobo trabajo, y a fuerza de ensayar todo el repertorio de la venatoria satánica, logré poner en fuga al espíritu malo... ¡Oh! ¡Majestad! ¡Cómo Luzbel confesaba a grandes voces, por boca de Sor María, que al principio, estando en la huerta del convento, a horcajadas en una manzana raquítica, creyó mejor atisbar la presa cándida sobre otro fruto más hermoso y apetecible, siempre en acecho de la golosina del pecado... *Aspavientos.*

BARBERO.—Luzbel es terrible, fray Carísimo.

FÍSICO.—*Con intención.* No sólo Luzbel.

ESCENA VIII

Mismos y ALICIA, entrando.

ALICIA.—Majestad. *Inclínase.*

REY.—Hablad, decidlo todo. ¿Qué sabéis?

ALICIA.—Majestad... *Titubeando.* Hace dos años; pronto hará dos años... Era la primavera... Trajo entonces muchas flores la primavera... Yo acompañaba a la princesa... Eucaris parecía toda inspirada... Ibamos por el bosque de las dalias. Yo me distraje, sesteando sobre la grama del sendero de las brujas; a la izquierda, bajo la fronda.. Y la princesa desapareció... Miro, busco, llamo. El eco respondía y me burlaba. Por fin, toda azarosa, acudo a la vieja Carlina, que dicen es...

REY.—¿Hechicera?

ALICIA.—Hechicera, majestad. Le suplico, le ruego, la obsequio. Carlina, hirsuta, sibilina, gruñendo, empieza a olfatear el suelo y remira con gesto huraño. Escarba, arranca unas raicillas, mastica, paladea, escupe. Aquí tenéis, dice después... ¿Veis la huella de la princesa? Ha pisado la yerba del extravío. Esta yerba tiene la diabólica virtud de extraviar los pasos del efebo que la chafa. Esperad, añadió Carlina; volverá. Y volvió. Ya la princesa era otra. Desde ese día Eucaris languidece y calla.

REY.—Físico. Habéis examinado a la princesa; habéis oído las sabias opiniones de fray Carísimo, del barbero y el relato de Alicia. Opinad vos ahora.

FÍSICO.—*Pausa.* ¡Dios me ilumine! «Veni creator spiritu.» *Sigue en voz baja.* ¡Majestad! La princesa no está hechizada. *Sorpresa cómica de Fray Carísimo y miradas irónicas del Barbero.* No está hechizada; ergo no valdría en este caso ni el exorcismo del patriarca de Jerusalén, ni la caldereta del Santo Padre, ni la lanceta de Ambroise Paré.

FRAY.—Pero, ¿no está hechizada? ¿En qué lo conocéis?

FÍSICO.—En su silencio mismo; un solo demonio alborota más que diez barberos... Perdón, colega. *Inclinándose.*

BARBERO.—Ello prueba que un barbero vale por diez demonios...

FÍSICO.—Habéis comprendido la lisonja. *Continuando.* No es de caso tampoco una sangría. Ya Galeno dijo: «Prae manibus»... *Rememorando.* He olvidado la cita. ¿La recordáis vos, maese? *Al Barbero.* «Prae manibus...»

BARBERO.—A fe que...

REY.—*Interrumpiendo.* ¿Y qué proponéis?

FÍSICO.—Nada, casi nada; algo más sencillo, más inocente, más chispeante que todo eso. La princesa necesita un bufón...

REY.—¿Un bufón?

FÍSICO.—El «Bufón Sublime».

REY.—¿Le conocéis?

FRAY.—¿Quién conoce al «Bufón Sublime»?

FÍSICO.—Yo, y mucho, majestad. El «Bufón Sublime« es una de mis recetas preferidas. En vez de llevar en el zurrón sinapismos, sanguijuelas y ventosas, suelo traerle conmigo, así como un gozquecillo o un simio barbón.

REY.—¿El «Bufón Sublime»? *Mira en redor.* ¿Dónde está?

FÍSICO.—Ha venido, majestad... Tranquilizaos. Se cansa pronto. Quedó rezagado a las puertas del castillo... Ahí estará tumbado, escuchando el silbo melifluo de los sinsontes y la suave monodia de la fontana. Es un ser raro. Ama las cosas inútiles.

REY.—Pero ¿creéis que con un bufón? Vuestra receta me parece extravagante... ¿Estáis en vuestro juicio?

FÍSICO.—*Inclinándose.* ¡Majestad!

REY.—En suma, ¿respondéis de la salud de la princesa?

FÍSICO.—Sí; con la cabeza. Con la del bufón, majestad. ¡No tengo nada más importante que ofreceros! La mía vale menos...

REY.—Pero, y vos mismo, ¿qué arriesgáis?

FÍSICO.—¡Algo más estimable que mi cabeza; mi fama va en ello majestad!

REY.—¿Pediréis algo? ¡Ello es justo. Estaría dispuesto. ¡Yo sé premiar...!

FÍSICO.—¿Para mí? Nada; para él, lo que pida el bufón... Pero, ya sabéis; los bufones no piden formalmente, majestad. Podáis prome-

terle hasta vuestra corona, y después... con un gesto soberano olvidadlo todo augustamente... Eso entra en la risa general. Un bufón es una cosa grotesca que no se toma nunca en serio...

REY.—Enviad al bufón, enviadle... Seré magnífico, os lo prometo... Le concederé lo que me pida. Y a ti también, se comprende...

FÍSICO.—Majestad... Voime. No volveré hasta que el bufón haya finido su alta empresa. La virtud de mi bufón depende en parte de mí, y la mía del Monte de las Tempestades. Allí permaneceré orando, orando mucho. El caso de la princesa es difícil. Quiera el Altísimo no sea insuperable... *Reverencia.* Adiós, majestad. Y vos, marqués, tolerad las impertinencias de mi bufón. Su idiosincrasia es amarga, punzante y venenosa. *Saluda profundamente.*

REY.—Id, id pronto, y orad intensamente; el cielo os inspire. ¡Hija mía! ¡Devolvédmela, Señor! *Queda ensimismado, la cabeza apoyada en las manos.*

FRAY.—La ciencia es un poquillo presuntuosa, majestad. ¡Que no está hechizada la princesa!...

BARBERO.—Dice bien fray Carísimo. La ciencia es, ¿cómo diré?, ¡vamos!, es una tea que despide más humo que luz.

FRAY.—Será todo lo grande que se quiera Hipócrates, será hiperbólico, será inconmensurable; pero yo no trueco mi hisopo ni mi caldereta por sus infolios, trebejos y yerbajos.

REY.—Entonces, ¿no han fracasado vuestros asperges y latinallas?

FRAY.—¡Majestad, los designios del Altísimo son inescrutables! «Fiat voluntas tua.»

BARBERO.—¿Ayunasteis antes de exorcizar a la princesa?

FRAY.—Ayuné hasta donde pude, maese barbero... Suprimí las pasas de Corinto, los bizcochos de Italia y algo más que no recuerdo...

BARBERO.—Tertuliano dice que el ayuno debe ser absoluto.

FRAY.—Teorías de Tertuliano reprobadas por varios concilios. *Santíguase.* Y, además, la práctica dice otra cosa, maese barbero...

MAESTRESALA.—*Entrando, anuncia.* Un bufón.

REY.—¿El bufón?

MAESTRE.—¡El «Bufón Sublime», majestad!

REY.—Sin tardanza...

ESCENA IX

Bullicio, algazara. El MARQUÉS, el POETA, la CONDESA, DAMAS, PAJES, MÚSICOS, DANZANTES, entran rodeando al bufón.

El bufón llega recelosa, gacha, torvamente.

MARQUÉS.—*Mirándole con atención impertinente.* ¿Pero sois bufón?

BUFÓN.—Bufón de raza, altera.

REY.—Bienvenido seáis... La princesa sufre enigmática crisis... Es

necesario llamarla a la alegría, a la ligereza, al amor... Esa es vuestra misión. Os doy de plazo hasta pascua florida. Y si no curáis su profunda tristeza, vuestra joroba desaparecerá entre los colmillos de mi jauría... ¡Habla!

BUFÓN.—*Flemáticamente.* ¡Majestad! El sueño del sol produce la noche. El amor duerme en el alma de la princesa...

MARQUÉS.—¡Ah, bufón!

REY.—*Conmoviéndose.* Eso es algo triste. ¿No habéis traído vuestros cascabeles?...

BUFÓN.—En el fondo, nada más triste que la alegría de un bufón. Pero no importa; he aquí mis cascabeles. *Los saca con súbita animación.* Soy un mosquito patilargo y zumbón... Bailarín tetánico, extraordinario, imito el cric-cric de los grillos, y me envidia la rana, que es bufón del charco. Me ovillo, enarco el lomo y me erizo. Soy gato, nube, ráfaga. Tengo hocico de lobo y ojos de zorro. Sátiro velludo, trisco y retozo y cabrioleo sobre mi sombra.

REY.—¡Basta! ¡Sólo os falta ser rey!...

BUFÓN.—¿Rey, majestad? ¿Y si llego a serlo? Aguardad; os concedo también un plazo. ¡Puede que sea rey!...

REY.—Sois modesto, bufón.

BUFÓN.—¡La modestia! Esa es la virtud que mejor se disfraza. La modestia es la fuerza de los débiles... Yo no soy fraile descalzo ni humilde violeta. ¡Qué me importa la modestia, majestad! ¡Vale más en la vida una buena máscara de bandido, honrada con cicatrices, chirlos y costurones! ¡La modestia! El viejo esqueleto humano danza y ríe mientras tiene carne y músculos; y después, también ríe. ¡Siempre ríe el viejo esqueleto humano!...

MARQUÉS.—Os mofáis hasta de la muerte, bufón.

BUFÓN.—No sólo de la muerte; de algo más respetable, de vuestro abdomen glorioso, símbolo de la victoria contra el ayuno. Marqués, habéis hecho de la panza una profesión honorable, dignificando lo que el cerdo había desprestigiado. ¡Sois el restaurador de los valores sociales!

FRAY.—Buen bufón. Aunque procaz. *Mirando al Marqués.*

BUFÓN.—¡Buen bufón!... ¡Que opináis vos! Si supierais cuán grande es el océano de vuestra ignorancia, ya sabríais algo... Pero consolaos, la ignorancia es la madre de las buenas digestiones. Podríais comer orejas de pollino y asimilaros toda la pieza asnal...

BARBERO.—¡Bravo, bufón! Tenéis la vena retozona y amarga...

BUFÓN.—Amarga, sí, amarga... Un numen heroico ha soplado sobre mí su racha de vindicta. ¡Yo soy el rey de la creación...! Lo soy todo. Mis harapos flotan al viento como banderolas de sarcasmo. Olfato de perro, oído de lobo, vista de águila. *Alzando la voz.* Yo soy el «Bufón

Sublime». *Risas. Pausa. Dirigiéndose a la Condesa con molicie afectada.* Para mí, acariciar mujeres o domar leonas es la misma cosa. *Pausa.* Fray reverendo, pasadme la máscara de la amabilidad; voy a solicitar un crédito... Condesa, ¿me amaríais? *Ríen.*

CONDESA.—*Ruborizándose coqueta, lánguidamente.* Ya os amo, bufón.

BUFÓN.—No es raro; la pasión es una mujer desnuda sobre un caballo alado. Entre las histéricas, triunfo con mi joroba... Poseo el agridulce del amor... *Pausa.* ¡Condesa! *Se arrodilla delante de ella con las manos en el corazón.* La cómica desventura del amor me agita y desvela. Hay en vuestros andares un ritmo capitoso. No sé qué deciros. Me entregaría todo férvido al encanto de vuestros labios. Así como arde locamente una fogata en el fondo de la noche silenciosa; cual la ráfaga que en elegantes giros envuelve helizoidamente las hojas secas... *Se interrumpe.* ¡Pero no! Recapacitemos... Yo soy fogoso y vos serena (lo supongo). Mal negocio: esta locura de amor sería como el rapto de una estatua de hielo. Os derretiríais al calor de mis besos.

ESCENA X

Mismos. La REINA y la PRINCESA, entrando.

El bufón calla sorprendido; se alza demudado. La Princesa avanza lentamente del brazo de la Reina. Silencio expectante. El bufón mira extrañoso, y gesticula tratando de reponerse y disimular.

BUFÓN.—*Cautamente y como inspirándose va hacia la Princesa.* Y ahora hay un encanto nuevo bajo el sol... Sois como un airón rosado en casco de oro. *Pausa.* Fué en una terraza florida; más allá del ondulante sendero que faldea la montaña. Reflorecía el bosque. ¿Os acordáis, princesa? *Pausa.* ¡Pálida! ¡Impasible! ¿Habéis olvidado?

POETA.—Majestad, el bufón invade mis vergeles. ¿Lo toleráis?

REY.—Dejad al bufón.

BUFÓN.—*Al Poeta.* Fabricante de versos, astuto industrial; trocadme vuestra melosa lira por un pernil de Wurtemberg. *Al Rey.* ¡Majestad!, respeto más a un buen zapatero que a un mal poeta. *Al Poeta.* Dispensad, cortesano musageta; pero, ¡qué queréis!, tengo el chiste trágico. No lo puedo remediar. *Con desdén.* ¿Os creéis poeta? Poeta es el hombre que ha seguido siendo fiel a los ensueños de su pubertad. Vos guardáis fidelidad sólo a los ripios de vuestra escuela, matraca odioso. *Pausa. Volviendo a la Princesa.* Eucaris, vuestro poeta no es ése. Sois carne angélica, y descendéis en vuelo glisante hacia los que inspiráis. *El rostro de la Princesa empieza a animarse.* Recordemos, Eucaris... Florecía todo el valle en medio de un piar suave de primavera... Había corimbos de oro y motas de sangre sobre la campiña ver-

de, crisantemos y amapolas... Entre las espigas revolaban algunas mariposas con gracia fugante...

Atrapé una. ¡La contemplamos! ¡Oh, emoción triste!...

¡Era la sensación vagarosa de lo bello!

Entre manchas cebreantes de carmín declinaba el sol.

Venía la noche serenando las almas.

Las estrellas punzaban sus ritmos de luz en el domo inviolado.

Un efluvio romántico subía del corazón, y escuchamos el último eco de la flauta panida que capta ninfas...

EUCARIS.—*Como despertando.* ¿Quién sois, decid, extraña figura? *Admiración general; murmurio sorpresivo.*

BUFÓN.—Princesa: hijo de bailarina y de un profesor de metafísica, soy un gran espíritu ruinmente encarnado. Un remedo de la infancia perpetua del antropoide. Me columpio en el cogollo airoso de los arbustos; soy pájaro burlón, jacarandoso, franco, inci vo. He aquí el fantoche heroico. *Destaca el busto grotescamente.*

REINA.—La princesa se reanima. ¡Oh, prodigio!

REY.—¡Bravo, bufón! Buscad al físico: quiero premiar su acierto.

BUFÓN.—No llaméis al físico; vendrá oportunamente sin vuestro mandato... Dejadle, está orando en la colina sagrada para que mi poder no decaiga, y se opere el milagro de la resurrección de un alma electa.

CONDESA.—¡Esto es maravilloso!

MARQUÉS.—¡Al físico se lo debemos todo!

BUFÓN.—Si la curo yo, ¿premiáis al físico...? ¡Qué paradoja más cómica! *Grave.* Con vuestra venia, me retiro, majestad.

REY.—Bufón, continuad. Es grata vuestra presencia; es imprescindible. Lo del premio se resolverá más tarde; confiad en mi munificencia...

PAJE DEL MARQUÉS.—*Al Maestresala.* ¿Llamo al físico, maese?

BUFÓN.—*Al Marqués.* ¡Vuestros lacayos también de casaca! ¿Son ellos los que han subido hasta vosotros, o sois vosotros los que habéis descendido hasta ellos?

MARQUÉS.—¿No podríais curar a la princesa con un poco menos de mordacidad, gran bufón?

POETA.—Este hombre es un áspid.

BARBERO.—¡Cuánto veneno, Jesús!

BUFÓN.—La hiel es una gran defensa. Vos que os ensañáis con las palomas eucarísticas, poneos al alcance de mi hiel, marqués del Val y duque de Pandor. ¡Ah! ¡No os atrevéis!...

REINA.—¡Dejadle, marqués; es bufón!

CONDESA.—¡Es su oficio, marqués!

FRAY.—Hermanos: Dios ha creado no sólo marqueses y poetas, sino tambien sabandijas y alimañas...

BUFÓN.—*Omitiendo despectivamente a Fray. A Eucaris.* Princesa, las manos invisibles que florean vuestro camino, os defenderán de las asechanzas falaces. Sé a quién amáis; a un místico ingenuo, perdido entre unos lirios del bosque sagrado. Vuestra sonrisa de virgen maravillada no es insania, es belleza moral. Esto no lo comprende el vulgo; esto lo sabe el amado aquel. Estáis enferma de clarividencia... ¡Pobre ensueño de alondra frente a las garras del halcón! ¡Os contristáis, princesa! Yo he venido trayéndoos en mi pupila glauca el reflejo de una esperanza viva. ¡Animo, princesa! No todo es lágrimas y espinas. ¡Confiad! ¡Va a venir! Desde el fondo de las lejanías evanescentes, os anuncio una buena nueva. Yo daré el zarpazo de águila que rasgue el porvenir. Me deberéis la vida.

EUCARIS.—¿Sois mago, bufón? ¡Me hacéis llorar! ¿Quién os ha revelado mi alma? ¿La conocíais?

BUFÓN.—Vuestros ojos me lo dicen todo, princesa. ¡Lloráis! ¡Ea! Disipad las nieblas; venga un rayo de sol, un poco de alegría. Surgid de vos misma, princesa. Confiad... *A los danzantes y músicos.* ¡Efebos, doncellas, a la danza! ¡Repicad las panderetas, vuele el cabello y robadle algunos besos a la primavera! ¡El hurto de lo que la vida os debe es una vindicación genial, Evohé! ¡Atizad la farándula y venga pronto el vértigo de esta bella locura! *Danzan. Al Rey.* La vida es dinamismo, majestad; el dinamismo, desequilibrio... ¡A qué exigir que seamos sensatos! ¡Dejadme así, loco, marqués; dejadme vivir así! ¡Sed vos estatua y ornamento; yo, ráfaga, centella, mosquito zumbón y cocodrilo!

(Telón rápido.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Jardines del Castillo.

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS y BUFÓN.

MARQUÉS.—*Llamando.* ¡Bufón!

BUFÓN.—*Reverencias.* ¿Decíais?

MARQUÉS.—Nada. Cavilaba sobre vuestro porvenir.

BUFÓN.—Mi porvenir lo llevo a cuestas, como el dromedario. Pero, ¿qué os importa mi porvenir?

MARQUÉS.—Más de lo que os figuráis.

BUFÓN.—*Irónicamente.* ¡Mi porvenir! ¡El vuestro, marques!

MARQUÉS.—¡El nuestro, querido bufón, el nuestro!

BUFÓN.—¡Vais a proponerme alguna villanía!

MARQUÉS.—Seamos razonables, bufón; no es villanía lo que os propongo, es una alta misión de amor...

BUFÓN.—¿Aun no han chafado bastantes rosas vuestras pezuñas de fauno?

MARQUÉS.—Si las chafé, también supe de las espinas...

BUFÓN.—Vos no tenéis sensibilidad en los cascos...

MARQUÉS.—Y ¿acaso tus cuernos y tu corcova son sensibles?

BUFÓN.—¡Acaso!

MARQUÉS.—¿Estáis enamorado?

BUFÓN.—¿Y vos celoso?

MARQUÉS.—De un rival invisible...

BUFÓN.—¡Ah! ¡Queréis el alma de la princesa, exquisito cazador!

MARQUÉS.—*Con fuerza*. ¡Su alma!

BUFÓN.—Eso se conquista a flor de labio.

MARQUÉS.—Es lo que vais a hacer vos por mí...

BUFÓN.—¿Quién os lo ha prometido?

MARQUÉS.—*Sacando una bolsa de escudos*. Yo no prometo; cumplo!

BUFÓN.—Yo no cumplo ni prometo; guardad vuestros escudos.

MARQUÉS.—Es genial vuestra altivez. ¿O no basta una sola bolsa?

BUFÓN.—Gloria, genio, rebeldía, todo cabe en mi testa volada. Vuestro dinero me sobra...

MARQUÉS.—¿El mío?

BUFÓN.—¡Y el de todos! Me exasperáis. *Con sarcasmo*. Aquí, donde florecen tantas virtudes, aquí voy a lanzar una hermosa blasfemia: ¡Muera el despotismo venalizante del dinero!

MARQUÉS.—¡Qué horror! ¡Sois el anticristo! *Se va con aspavientos*.

ESCENA II

BUFÓN.

Extasiado ante el piar entre el follaje. ¡Con sólo dos o tres notas, el ruiseñor nos da cuánta poesía...! ¡Treman las hojas de la fronda al soplo de las auras! La verdadera vida está en las cosas gráciles y sutiles. ¡Oh, noble soledad! Aquí mora el encanto del silencio. La arieta antigua de la cornamusa suena allá. ¡Augusta paz!...

ESCENA III

BUFÓN y la PRINCESA, que viene.

BUFÓN.—¿Adónde váis toda triste, lenta, lentamente?

PRINCESA.—Hacia el camino del olvido.

BUFÓN.—¡Feliz vos, que sabéis dónde ir!

PRINCESA.—Somos sombras movibles en el fondo fugaz de la vida. Todo vuelve a la paz y al olvido...

BUFÓN.—¡Vuestra mirada celeste implora algo; no todo es olvido en vos! *Pausa.* Princesa de ojos dulces, paloma de Sulam, ¿ignoráis aún la misión mía...?

PRINCESA.—¿Vuestra misión?

BUFÓN —Sí; mi misión: tornar vuestra silente, vuestra sombría mansedumbre en bulliciosa frivolidad.

PRINCESA.—Triste misión. La añoranza y los anhelos fallidos, es ello lo más recóndito y sincero que abriga el corazón humano. ¿Queréis despojarme también de esto? ¡Dejadme seguir muriendo calladamente!

BUFÓN.—En toda queja hay un jirón de esperanza; y si esperáis, no moriréis. No ostentan sólo espinas los rosales, princesa. *Pausa. La Princesa mira fijamente al bufón.*

PRINCESA.—¿Sabéis mi historia, bufón?

BUFÓN.—Vuestra historia y la del conde Raúl de Castel.

PRINCESA.—*Exaltándose.* ¡Ah! ¡Sabéis...! ¡Pobre compañero de mi ensueño! ¿Dónde estarás ahora, río lento, de aguas glaucas, que deslizabas por entre riberas yerbosas, moteadas de campánulas y geranios? ¿Dónde mi barca, mi buena barca? Vengo del boscaje de los jazmines, me dijo, seguid mi estela odorante. El alma de la selva me acompaña...

BUFÓN.—*Animándose. Con sigilo.* ¡Princesa! ¡Un secreto! *Pausa.* ¿Me permitís un secreto, princesa? Cuando el mal se pone al servicio del bien deja de ser un mal. Soy mago, soy brujo. Poseo amuletos y abraxas. Remuevo los muros, salto los fosos, anulo las distancias, cabalgo sobre el viento, rapto doncellas y descabezo gigantes. Satanás, jinete invisible, espolea sobre mi joroba, y con la tenebrosa fórmula abracadábrica, agito la ronda macabra y arrastro la racha de brujas, vampiros y demonios, y toda la baraúnda de las diablesas...

PRINCESA.—Lo que no pudo la oración, ¿lo conseguiríais vos, bufón...?

BUFÓN.—¡Pedid! ¿Deseáis? ¿Un poema, una serenata capciosa? ¿Una mirada, una cita? ¡Hablad, princesa!

PRINCESA.—Pero ¿sois mago, verdaderamente? ¿Podríais...?

BUFÓN.—So pena de la vida, debo resucitaros. *Aludiendo a Raúl.* Y ¿qué mejor resurrección que el contacto de sus manos sobre la frente lilial? Cuando os hable, cuando os mire, ya habréis tornado a la vida. Ahora sólo ambuláis como una sombra de la voluntad de vivir...

PRINCESA.—*Exultándose.* ¡Verle, verle! Pero ¿cómo? ¿Aquí, aquí en la misma boca del gran lobo? No, no; ¿y si le atrapan sus enemigos?

BUFÓN.—Calma, princesa. Sólo será visible para vos. No peligrará; no peligraréis.

PRINCESA.—Bufón. *Pausa.* ¿Y exigís?

BUFÓN.—Poco y mucho.

PRINCESA.—Sea lo que fuere, es vuestro. ¡Hablad!

BUFÓN.—Exijo, poca cosa, que salvéis mi cabeza. Que enferméis de alegría y frivolidad antes de la próxima pascua...

PRINCESA.—¿Antes de pascua florida?... Sí. Todo lo prometo. ¡Todo! Verle, verle... Entonces seré locuela como antes, danzaré con el cabello suelto, reiré mucho, mucho. ¡Verle, verle! Me engañáis, bufón; no le veré.

BUFÓN.—Princesa. *Sigilosamente.* Esta noche al toque de ánimas el castillo irá quedando en sombras. Allí, en la glorieta de las rosas. Él estará cerca del sendero donde crece la flor del extravío. Allí...

PRINCESA.—*Llorante.* ¿Me burláis? Mirad que voy a creeros. ¿Esta noche? ¡Ah, bufón! ¿Sois capaz de compasión? ¡Decid que no me engañáis!

BUFÓN.—Creed en mí. Soy la fe disfrazada de incredulidad y sarcasmo. ¡Esta noche! ¡Sí; confiad en mí!... *Eucaris, mirando al cielo, con las manos juntas sobre el pecho, parece arrobada por ilusión extraña. El bufón mutis. La Princesa vase lentamente conservando esa actitud.*

ESCENA IV

BUFÓN; y FRAY CARÍSIMO, distante.

BUFÓN.—¡Espiabais, reverencia!... *Fray lleva la mano a la oreja, simulando inaudición. Yendo hacia él.* Venid. ¿Deseabais sorprender mi secreto? Unos curan con asperges y aleluyas, y otros con cascabeles y sonajas; eso es todo, no caviléis tanto, eso es todo.

FRAY.—*Acercándose humidón y suave.* Hermano, ¿espiaba? No; os traigo la ofrenda de una misión gratísima.

BUFÓN.—¿Del marqués? ¡Hum!

FRAY.—De la condesa.

BUFÓN.—¡Huy! Austero fraile; mi nariz olfatea podencamente. ¡Ah! La condesa, vieja carne chamuscada por las llamas de Eros. ¡Hay mujeres a quienes se les arruga la máscara antes que el corazón! ¡Fuerte drama!

FRAY.—¡Qué queréis! ¡Así es amor, bufón!

BUFÓN.—¡Amor! ¡Reverencia, es capitoso ese brebaje, es capitoso, y se agarra crispante al moño de las hembras maduras, como un chimpancé bellaco en rama florida!...

FRAY.—La condesa os distingue, bufón.

BUFÓN.—¿Qué desea la condesa? ¡Con franqueza decid!

FRAY.—*Sigilante.* Calmaos; escuchad, amigo mío. Aquí en la corte—os conviene la indicación—, todo es urdimbre y tejemaneje y maraña sórdida. Vuestro enemigo es el marqués.

BUFÓN.—¿Y por qué no es el barbero o el poeta?

FRAY.—Seguid mis sugericiones, bufón. La amistad de la condesa sería para vos el cuerno de Amaltea; la condesa os viene al dedo como sortija constelada; la condesa se muere por vos...

BUFÓN.—¡Gran suerte la mía, voto a Praxíteles! ¡Una condesa enamorada de mi airosa corcova! ¿Es esto un episodio de farándula; vivimos nuestra vida real, prosaica y tangible? ¿O está encantada la noble fortaleza de Lotario? *Mira en redor.* Si no basta toda una giba para contener la agresividad amorosa de la condesa, inspírame tú, impoluto José. ¡Ah! Si yo poseyera el escudo de tu capa...

FRAY.—Un pequeño examen de conciencia, una cordial reflexión os bastará... Ablandaos, bufón. La condesa es manirrota y exuberante. Derrama a puñados el alpiste entre sus pajariños favoritos. Cuando ella ama, el rosario de su opulencia se desgrana como perlas en fuente de oro viejo cincelado por Benvenuto...

BUFÓN.—¡Va interesándome vuestra condesa! *Confidencialmente.* Decidme, ¿tendría yo muchos rivales cargando a cuestas con el etéreo amor de la condesa?

FRAY.—¡Quia! ¡Pocos; dos o tres nada más!

BUFÓN.—¡Sí; es una módica ración de amantes! Y fuera de vos, reverencia, ¿se puede saber quiénes son los otros?...

FRAY.—Gente ilustre, bufón. ¡El barbero, el poeta!

BUFÓN.—¡El poeta y el barbero! ¡Ah! ¡Formidable rivalidad; brutal, aplastante! ¡Yo compitiendo con el barbero y con el poeta y con vos! *Suena una guitarra.*

FRAY.—¿Oís?

BUFÓN.—*Escuchando.* ¿Y eso?

FRAY.—Es la contra-serenata que prepara el barbero.

BUFÓN.—Y el poeta ¿qué prepara?

FRAY.—¡Pues, la serenata!

BUFÓN.—Creía que fueseis vos.

FRAY.—Yo querría, os lo insinúo, caro amigo, que vosotros tres os concertárais fraternamente para tañer y cantar la sola armónica serenata que plazca a la condesa y dinamice su ternura. Oh, belleza. Hermanar en un mismo pedúnculo tres gentiles aspiraciones, y ofrendarlas así en el seno férvido de la noble amada. Sí, bufón, vuestra voz al son de la vihuela sería un triunfo neto e indiscutible. Devendríais el árbitro de la corte! ¿Vaciláis? La condesa maneja la intriga como huso filandero: fina, diestra, arteramente. Y ya simpatiza porque ha visto en vos un agudo fustigador del marqués. Le habéis asaeteado como

real ballestero a ruin mesnada. Seguid acribillándole. Yo os os absuelvo y ella os bendice. *Pausa.* ¿No respondéis?

BUFÓN.—¿Hablabais? ¡No sé qué habéis dicho; yo escuchaba la serenata!

ESCENA V

Mismos y BARBERO.

BARBERO.—*Entrando con la guitarra bajo el brazo. A Fray.* ¿Os parece licenciosa esta estrofa?... Si reprobáis, la borro, la rehago... *Se santigua.* Dice así. *Cantando.*

En tus ojos un delito
de los gordos hay, condesa.
Si Fray Caro te confiesa,
yo en el cielo pongo el grito.

FRAY.—*Simulando rubor.* ¡Un poco subida, hermano barbero; pero pase por ahora!..

BUFÓN.—Corta o desuella más la lengua que la navaja entre vosotros, maestro insigne.

BARBERO.—Señor bufón, la guitarra se aliña con especias bravas. Sólo así se paladea bien el sabor de la copla.

BUFÓN.—Vuestra serenata es insidiosa, gran barbero. ¿Y la del poeta, no lo será menos?

BARBERO.—El poeta, quejumbrosamente, lacrimosamente, ha ensartado la letanía de sus dulzones suspirillos desfallecentes. A las mujeres de provecta edad les gusta algo más cosquilleante y acre, ¡caray! ¡Ejemplo vivo! *Carraspea.* Oíd está estrofa que ecloró ayer en mi magín a la hora de tercia, mientras sangraba al mocetón de las caballerizas. *A Fray.* Con vuestra venia, reverencia.

Mira que si no te miran,
es porque quieren dejarnos;
y si hemos de aprovecharnos,
mira, mujer, que no miran.

BUFÓN.—Con acompañamiento de ojos y de guitarra, eso cosquillea más que una pluma de pavo real...

BARBERO.—¡Catáis bien!... *A Fray.* Pierdo, gran Carísimo, un odre de vinillo a que si la condesa no cae soponcia en mis brazos después de esta cuarteta diabólica... Aguzad el meollo.

Me solivias el sosiego
y la bonanza y la paz,
cuando imprimes en mi faz
tus rojos labios de fuego.

FRAY.—Esto es más casto, real barbero. Por ahí os conduzca siempre Nuestro Señor.

BUFÓN.—La castidad no está en las palabras, fray Carísimo, sino en los labios. Nada más casto que el amor verdadero.

BARBERO.—¡Viene el poeta! ¡Va a leernos su canto al «Diluvio»!, ¡en alejandrinos; dos mil versos!

BUFÓN.—¡Horror! El diluvio, y sin arca ni refugio.

BARBERO.—¡Sálvese quien pueda! *Se dispersan astutamente.*

FRAY.—¡Padre Noé, acude a nos!

ESCENA VI

POETA, leyendo enfático y altisonante.

¡Salve, tú, mi gran señora,
que apareces cada día
como si fueras la aurora
de mi noche eterna y fría!...

Interrumpiendo. Pero ¿no estaban aquí el barbero, el fraile y el bufón? ¡Lo que han perdido! Apuesto mi apolínea cabellera a que la condesa, después de aquella cuarteta... *Busca, revuelve papeles.* ¡Ah ¡Aquí! *Lee.*

Las virginales sonrisas
de tus gratas comisuras,
llegan a mí como brisas
de selvas frescas y obscuras.

Cavilando. ¡Aunque esto de virginales siempre es aventurado! Y más tratándose de la condesa. Pero, ¡vamos! en verso cuela todo. El poeta puede hacer mangas y capirotes: es un verdadero autócrata... *Se interrumpe divisando a la condesa...*

ESCENA VII

Mismo y CONDESA.

CONDESA.—Os vi leyendo desde mi balcón... Y he venido. ¿Quién os inspiraba?

POETA.—¿Lo preguntáis, condesa?

CONDESA.—*Mohina y coqueta e infantil.* ¡Lo ignoro!

POETA.—Mi sola musa sois vos, condesa...

CONDESA.—Si dijerais verdad, poeta. ¡Tengo celos!...

POETA.—¿De quién?

CONDESA.—De Euterpe, de Talía, de Polimnia, de Urania...

POETA.—Todas las nueve se han refundido en vos: sois el corimbo de Heliconia.

CONDESA.—Estoy romántica. Recitadme cuitas plañidescentes. Aprovechadme. Captadme toda. Me entrego al violador de mis sensaciones...

POETA.—Sea; pero acá no, condesa. Este paraje está cabríamente

infestado de prosaísmo; acaban de posar su pata hendida el barbero y fray Carísimo. Si os place, allá en el sombraje de la Virgen, donde la alondra...

CONDESA.—*Suspira.*

POETA.—¿Qué os arranca ese suspiro, la Virgen?

CONDESA.—No; el sombraje...

POETA.—Ya obscurece, condesa.

CONDESA.—¿Y eso qué importa?

POETA.—No podré leer.

CONDESA.—Pero improvisaréis...

POETA.—Por vos soy capaz de todo, señora... *Se interrumpe y escucha.* Alguien viene. ¡Ocultaos, condesa! *Se oculta. Pausa.*

ESCENA VIII

POETA y BUFÓN.

BUFÓN.— Os sentí monologar; y, creyéndoos inspirado, ¿queréis revelarme qué cosa es la inspiración?... Pero antes, observad. ¿No es un arpa de oro lo que se ve allá entre las nubes?

POETA.—¿Dónde?

BUFÓN.—¡No veis!... Bagatelas aparte, vamos al grano. ¿Qué es la nspiración?

POETA.—¿La inspiración? *Cavilando cómicamente.* ¡Vaya una pregunta! *Aparte.* Maldito bufón.

BUFÓN.—Sí; la inspiración.

POETA.—Pues la inspiración, bufón, la inspiración... es algo... algo que se siente... así... así... como...

BUFÓN.—Como una crispatura célica, ¿queréis decir?

POETA.—*Animándose.* Sí; como una crispatura célica. ¿Me dais esta frase, bufón? ¡Qué hermosa frase!

BUFÓN.—No os la doy; robáosla... Vosotros, los poetas, tenéis más de Caco que de Apolo... *Aparte, con desdén.* ¡Poeta! ¡Bestia! La poesía es como el incienso: se quema en el ascua roja del corazón y sube a los cielos vagarosa y cándidamente. ¡Bestia!

POETA.—*Anota en el reverso de sus carillas el pensamiento.*

BUFÓN.—Y ¿quién os inspira, poeta? ¿Se puede saber o es indiscreción?

POETA.—¿A mí? Todo... *Con énfasis.* Absolutamente todo...

BUFÓN.—¿Todo? ¿Una garrapata, una brizna o un cuerno? ¡Os creéis inspirado! La inspiración requiere cierta virginidad de los nervios... Y vos derrocháis la fuerza ódica con ese vejestorio blasonado de la condesa... ¡Infeliz, infeliz! Adulón, meloso. ¡El mundo del arte pertenece a los grandes hipocondríacos, y no a los álmibarados y sonrientes! Elegid entre procrear ralea vil o hacer belleza: vuestro escaso

linamismo cerebral no da para ambas aventuras. O artista o padrón: elegid...

POETA.—¡Estáis feroz! ¡Os hacéis pagar caro el pensamiento que me habéis obsequiado!

BUFÓN.—¡Caro, y os lo robáis!

POETA.—*Yéndose.* Huyo de vuestra tóxica lengua...

BUFÓN.—¡Quedaría justificada la misión de mis dardos si al menos matara una sabandija por día...! *Vase entre el boscaje. Declina la tarde.*

ESCENA IX

EUCARIS y RAÚL.

EUCARIS.—*Avanzando. Maravillada y angélica. Pausa larga.* ¿Sueño? ¡Sí; sueño! ¡Qué sedante es soñar! *Mutis. Permanece extática. Súbitamente se asombra viendo a Raúl.* ¿Tú? ¿Pero son tus ojos? *Ambiente ilusorio. Raúl viene lento y llega con morosidad. Eucaris, transfigurada, se abraza a su cuello.* No; no sueño. ¡Qué hermosa es la realidad! *Pausa beata.* ¡Acudes a la hora del amor, antes que declinen las rosas! ¿Pero no habías muerto? ¡Vivías, vivías! ¡No me engañaba la esperanza!

RAÚL.—¡Oh, felicidad intensa! Sólo sé sentir... *Pausa serenante.*

EUCARIS.—Tu mirada me azora como el tremor de Selene sobre las aguas dormidas... ¡Ven, amado, ven ya, voceaba la añoranza en el fondo de mi gran desconsuelo, y casi moría! *Pausa.*

RAÚL.—*Acariciándola.* ¿Quién ha puesto cerco de dolor en tus ojos de madona? *La besa en los ojos.*

EUCARIS.—¡La tristeza! ¡Ya es mi amiga!

RAÚL.—¡La tristeza es la sombra del vivir!

EUCARIS.—¡La tristeza, amado! ¡Ella me dijo: «entra en la vida»; y, bajo la bóveda de un suave aleteo de hojas amarillas, fuí recorriendo la senda del bosque otrora verdeante. Desde entonces sólo tengo sonrisas tristes!

RAÚL.—¡El amor verdadero es una esclavitud sonriente y dolorida! *Pausa.*

EUCARIS.—*Suspirosa.* ¡Cómo anhelaba esta hora confidencial!

RAÚL.—Tu dolor despierta en mi alma una simpatía infinita... ¡Cuéntame tus agravios con el destino... Yo soy tu campeón! *La abraza.*

EUCARIS.—Entre la resonancia de lo vago indefinible, iba esfumándose mi crepúsculo santamente, como si llevara consigo el sueño de un recuerdo. El alma tenébrea de la noche venía cubriendo el valle con medrosa cautela; y llegó un momento en que me abracé al vacío sollozando. ¡Fué el trance de tu ausencia! *Pausa.*

RAÚL.—¡Eucaris! Has perdido la alegría; aun posees la inocencia.

El candor es un lirio expuesto a tanto lodo, que admiro el milagro de su renovación en la vida... *Pausa.* He venido a traerte el retoño de la esperanza...

EUCARIS.—¡Tú eres la esperanza misma! *Pausa.*

RAÚL.—¿Oyes una extraña inquietud en los ámbitos del bosque? Es el gran prodigio de la primavera que se anuncia. Revivirá la pulpa de tus labios, lívida princesa que vas viviendo tu agonía. Brillará el amor en tus ojos; y el ritmo síncopo de todo el alborozo de juvenia vendrá a revelarte que aun tienes corazón de mujer. *Suena el ángelus. Pausa.*

EUCARIS.— *Místicamente.* ¿Todavía sientes esa voz, Raúl?...

RAÚL.—Infeliz del que no la oye... *Pausa.* Desde el abismo eterno del domo celeste viene una santa serenidad. Es la piedad humana que baja del cielo de Galilea como un efluvio de paz y olvido...

EUCARIS.—*Se prosterna y reza.* Suave María, llena de encanto, bendita entre las mujeres; ven con tu florida sonrisa; ven a nosotros, y abríganos bajo el manto de tu bondad de madre...

RAÚL.—Sí; oremos. Oremos por las doncellas que mueren sin caricias bajo sus cabellos de querubín; por los mártires anónimos que ignoran en qué cruz han de expirar; por los héroes que aun no han empuñado su bandera; por los genios que llevan su enfermedad de belleza en el corazón; por las vagarosas caravanas que persiguen las lejanías encantadas del ensueño; por las ideas que son onda, bandera, audacia. ¡Señor! Acrecienta la nervatura y la amplitud armoniosa y vibrante de nuestras alas. Venga de tu mano un impulso grande hacia el cenit, todo bañado de alta serenidad; y dominen nuestras almas sobre las cimas nevadas donde reina la virginidad de la luz. Haz que la grey humana siga paciendo sus esperanzas. Rejuvenece el corazón gastado de los filósofos e histriones. Da paz al mundo. Paz, paz... *Pausa.*

EUCARIS.—¡Qué hora suave, qué hora deliciosa es ésta, amado!

RAÚL.—A través de los cendales ilusorios de la noche, me parecen tus miradas un reflejo estelar; tus formas, tu sonrisa, una sugerición de Aglae.

EUCARIS.—Florece la poesía tras la vaguedad de las cosas. ¡Qué hermoso es mirar la realidad con los ojos semidormidos!

RAÚL.—Y hablar a flor de labio; y así percibir el viso extraño de la impresión irreal y soñada. Para no morir, Eucaris, de tedio prosaico, suframos, simpaticemos con los matices de otoño, con las sedantes vaguedades, con las serenas intuiciones del espíritu. *Pausa.*

RAÚL.—*Incorporándose resuelto y en actitud de partir.* ¡Es la hora.

EUCARIS.—¡Cómo cuesta sustraerse a este encanto soberano!... *Resistiéndose.* Aún no; aún no. *Suplica con la mirada.* ¡Raúl!

RAÚL.—¡Es la hora!

EUCARIS.—*Sollozante, suplica.* ¡Todavía no, Raúl!

RAÚL.—*Asiéndola de la cintura y caminando lentamente.* ¡Es la hora! Esta rampa suave, que bordea acaso un precipicio florido y caprioso, nos lleva en silencio no sé adónde. ¿Quieres seguir, amada?

EUCARIS.—¡Y aunque no quisiera! ¡Es nuestro destino!

RAÚL.—¡Sí, adelante! Los cerezos en flor se deshojarán a nuestro paso. ¡Qué hermosa estarás, Eucaris, así, cubierta de esa leve floración! ¿Quieres seguir, electa mía?

EUCARIS. —¿Hasta dónde?

RAÚL.—¡Hasta el abismo!

EUCARIS.—¡Pero si ya estamos en el abismo! *Se abrazan, quedando Eucaris con la cabeza abandonada hacia la espalda y la mirada brillante puesta en el cielo, de perfil al público.*

(Telón lento.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gran sala de embajadores, fastuosísima.—Lampadarios, tapices, trono adoselado, esculturas, alfombra de Esmirna.

ESCENA PRIMERA

BUFÓN y PRINCESA.

BUFÓN.—Aquí, Eucaris, en el templo mismo de la mundanidad, en el futuro tablado de vuestros triunfos, constituyo mi cátedra, mi gran cátedra.

PRINCESA.—Sí, maestro, dadme lecciones de alegría y ligereza. Sorprenderé a la corte con mi retorno a la frivolidad. Os lo he prometido; se acerca pascua florida.

BUFÓN.—¡Oh, hembra santa, empiezo a sentir esta mi cabezota, más fuerte y altanera, más firme sobre su buena joroba, mansa cabalgaduro de todas mis ilusiones! Está visto, vuestras promesas valen más que una bolsa de escudos. Gracias, princesa; os deberé la vida, y ¿acaso algo más?

PRINCESA.—Bufón, os debo yo casi tanto como la vida. ¡Ah! la beatitud de sus besos han sido el despertar de mi letargo. Aun siento la inefable presión de sus brazos; ellos han infundido nuevamente la vida en mí. Genial mago, bondadoso taumaturgo, ¿cuándo podré otra vez reanudar el idilio suspenso de sus caricias? Lo suplico, bufón, decidme ¡Ansío nuevamente!... ¡Tanto, tanto!...

BUFÓN.—Olvidad eso ahora, princesa, olvidadlo. Estamos en las severas aulas del bufón. No profanéis la rigidez clásica de este san-

tuario de la veleidad. Lejos de aquí la sombra de Julieta y Heloísa Quiero levedad, humo, inconsistencia, desdén, sonrisas floridas. El mar arrastra sus olas pesado, espumante, sobre la ribera. Pero eso es el mar. En cambio, la nube, ¡cómo se burla de la adusta constancia con que gruñe y azota las peñas ese titán rebelde y encadenado! Sea tu espíritu cual la nube; ora rosada, cobriza, perla, grumosa, cúmulo o cirro. Pero, ¡sea nube! Sí; la mujer de la corte debe ser nube.

PRINCESA.—*Tristemente.* ¿Nada más que nube? Eso es poca cosa, bufón.

BUFÓN.—¡Poca cosa! ¡Poca cosa! ¡Basta y sobra para vosotras! La mujer es una bonita nonada, que ha endiosado la lira y el mármol... *Cavilando.* ¡Bien! Regateáis. Os concederé algo más: os permito gorjeos, luz, flores, un poco de comedia de amor, y muchas lentejuelas de oro: ¡deslumbrad, princesa, deslumbrad...!

PRINCESA.—¿Y danzaré como antes?

BUFÓN.—Sí; pero no como antes. En las cortes, cuando las ancas de la hembra ondulan, debe vibrar la pasión de Oriente. El cuerpo tremante, la pupila radiosa, y un manojo de glicinas frescas; ¡es ese el tipo de la danzarina ideal!

PRINCESA.—¿Y mi tristeza?... ¿Qué haré de mi tristeza, maestro?

BUFÓN.—Hay corazones que viven siempre en la sombra. Vuestros grandes ojos... ¡Vuestros grandes ojos proyectan sombras sobre la luz de vuestra alma! ¡Vuestra tristeza! ¡Casi me convencéis! Pero, ese es el mérito; estar alegremente triste. ¡Si vos, virgen del corazón casto, si vos supierais mi dolor! ¡Pero ánimo, excelsior! Sea vuestra vida un disperso, airoso revoloteo de mariposas. Avante! Oronda, fresca, lozana, triscad, retozad con la linda máscara de la coquetería sobre la faz doliente. Bullid, enredad, mentid, burlad; y después, cuando estéis sola, entonces, sólo entonces, sacaos el antifaz, y llorad si podéis... Imitadme... Yo soy un fauno viejo entre ninfas jóvenes...

PRINCESA.—¿Pero vos no amáis, bufón?

BUFÓN.—El amor es la más noble aventura del corazón. No lo niego. Lo reconozco honestamente... Pero yo sólo soy un aventurero de la vida. Entre el amor y mi joroba hay una incompatibilidad sarcástica, irreductible... ¡Y el sarcasmo es el rey del mundo; más rey que vuestro padre...!

PRINCESA.—¡Pobre maestro...!

BUFÓN.—El silbido ríspido de la lechuza deja una estela horrisonante en la negrura de la noche. La alondra, una cadencia de amor y embeleso. Vos sois la alondra, yo la lechuza...

PRINCESA.—Maestro, ¿no sentís cariño ni ternura?

BUFÓN.—Allá en la noble soledad de mi espíritu, siento ternura y cariño por la humanidad entera. Se sufre tanto en la vida, que todos

somos hermanos... Y ese cariño, esa ternura los personifico en... *Aparte.* ¡Calla, lengua indiscreta..., lengua felona...! ¡Casi consumas tu traición!... *Suspira.*

PRINCESA.—¿Amáis, bufón?... ¿Por qué suspiráis?

BUFÓN.—Volvamos a nuestro tema. Nos hemos apartado mucho de la senda recta. La mujer de mundo ha sido creada para el engaño. Eucaris, fingid, coquetead, haced mohines. Es vuestro deber social... ¿Veis cuando cabrillea la luz sobre las aguas con tremorante desasosiego...? El alma de la mujer debe ser algo como ese fantástico reflejo. Diabluras galantes, insidias falaces. Todo cabe en la vida cortesana. Sed más bulliciosa que espiritual. Hablad, pero no discurráis. La filosofía es el opio de las cortes... *Pausa. Escuchando.* ¿Oís voces?

EUCARIS.—¡Vienen!

BUFÓN.—¡Salid! Esa gentuza tiene impertinencias de zorro... *El bufón se oculta detrás de la cortina. Eucaris vase.*

ESCENA II

BARBERO, POETA y CARÍSIMO.

BARBERO.—¡Os atribuís el éxito! ¿Creéis sinceramente que con una redondilla se esfumina todo un flegmón y se cura un tabardillo pintado?

POETA.—Según el tabardillo, según el flegmón, maese barbero. Exageráis el símil...

BARBERO.—Galeno o Hipócrates, ellos jamás han prescrito endecasílabos ni quintillas para curar, así fuera un mal de aura...

POETA.—Pero ¿desdeñáis en realidad el poder soberano de la poesía? ¿No sabéis que Apolo edificaba ciudades a son de lira y a flor de versos?

BARBERO.—La mitología no es precisamente lo real; acaso sea sólo algo así como la sombra de un cabello de la verdad... Y además, Apolo, joven lírico, ¡tened presente que Apolo era Apolo...!

FRAY.—Los santos padres aseguran que ello puede ser realidad; pero esa influencia la atribuyen más al demonio que al hermano de Diana.

BARBERO.—Sin vanidad ni jactancia, creo que, a no ser por mi sapiente lanceta, aun seguiría la princesa en su mismo estado de abatimiento y desamor...

POETA.—Vuestra lanceta no vale mi péñola...

BARBERO.—Nos engolfamos vanamente en una discusión interminable: que decida Fray Carísimo, cuyas virtudes y ecuanimidad respetamos. Él será nuestro juez. Su ciencia peripatética y su...

POETA.—¡Basta! No sigáis; ¡queréis venalizar con vuestros elogios el dictamen de Fray Carísimo!

FRAY.—*Al barbero, inclinándose.* ¡Gracias! Sin embargo, yo... *Excusándose con el ademán.* humilde siervo de Dios..

POETA.—*Interrumpe.* Acepto el árbitro; pero a condición de que su reverencia, por consideraciones diplomáticas, no vaya a dictar fallo salomónico... O todo el mérito para maese sangrador, o todo para mí...

FRAY.—Pongo por testigo al cielo de la rectitud de mis intenciones. ¡Ilumíname, Espíritu Santo...! Tú que descendiste sobre el colegio apostólico en figura de lenguas de fuego (etcétera). *Pausa. En tono magistral.* Cuando Dios creó el huerto edénico, colocó en él una serpiente y un papagayo, símbolos, como sabéis, de la Medicina y de la Poesía. Pero, por sobre estos atributos del espíritu, estaba Satanás con su ojo astuto, moteado de sangre. Satanás tentaba e inducía al pecado, y Dios no consentía que consumase su mala obra. ¿Habéis comprendido?

BARBERO.—Nada.

POETA.—Y yo menos que maese barbero...

FRAY.—He querido manifestaros en esa parábola hermética que sin negar el poder enorme de la poesía como factor clínico, ni desconociendo el rol preponderante de las sangrías en el concierto augusto de la salud física, creo que, por sobre toda esa humana y presuntuosa terapéutica, está el hisopo, el santo hisopo y la infalible caldereta del exorcista. *Pausa cómica.*

BARBERO.—¡Valiente juez!... Os hemos llamado para resolver un pleito de heredad, y os quedáis con toda la herencia...

POETA.—¡Vuestra balanza tiene un tercer platillo, Fray Carísimo...!

FRAY.—¡Mi balanza pende de lo alto...! ¡Dios maneja las pesas...!

ESCENA III

Mismos, PAJES y MAESTRESALA, con varios objetos.

MAESTRE.—*Interrumpiendo. Al barbero, a fray y al poeta.* Os ruego, señores, queráis facilitar nuestra tarea. Daremos el último toque a los aprestos. ¡Si me dejarais el espacio libre, señores...! Precisamente donde estáis vosotros, ahí colocaremos este asno de Sevres, obsequio del rey de Francia.

FRAY.—Dice bien el maestre; no estorbemos su afanosa tarea... *Dispónense a salir.*

POETA.—Resolved, reverencia, resolved el diferendo; no rehuyáis el laudo... *Salen el barbero, fray y el poeta.*

ESCENA IV

MAESTRE, PAJES, colocando los objetos; CONDESA, BUFÓN, que asoma la cabeza por entre el cortinaje.

CONDESA.—Ya lo sabéis, bufón... ¡Sí!... ¡Tenéis dos rivales!...

BUFÓN.—¿Dos rivales?...

CONDESA.—Dos... el barbero y el poeta...

BUFÓN.—¿Y preferís...?

CONDESA.—¡A vos, bufón!...

BUFÓN.—¿A mí? ¡Oh! desgraciada fortuna. ¡Oh! afortunada desgracia! ¡No sé cómo expresarme, condesa; la emoción me enajena...!

CONDESA.—¡Sí; os prefiero! ¡Os prefiero! ¡Y, para sellar esta simpatía, os permito que me beséis! ¡Pero castamente, bufón! ¡Esperad! ¿Nos ve alguien?...

BUFÓN.—*Con severidad cómica.* Nos ve nuestra conciencia, y eso basta.

CONDESA.—¿Rehuís?... ¿Sois tímido? ¿No os atrevéis? Ah, ¡os ruborizáis!... Más os amo así. ¡Con que impaciencia espero vuestra serenata!

BUFÓN.—Yo ¿serenata? Pero ¿quién ha fraguado este complot inicuo?...

CONDESA.—¡Es noticia de fray Carísimo!...

BUFÓN.—Pues fray Carísimo, en vez de arrojaros un demonio del cuerpo, quiere imbuiros otro. ¡Ah, condesa!; ¡si me escurro en vos, se os atravesará mi giba como un carozo en la garganta!...

CONDESA.—*Suspirando.* ¡Contingencia del amor!...

BUFÓN.—*Maleante.* Daos prisa, condesa, porque mañana hago voto de castidad... ¡Fuera rubor!... ¡Acepto el beso! ¡venga! *Hace ademán de besarla; pero burla el intento cerrando rápidamente las cortinas y ocultando la cabeza con vivacidad claunesca.*

CONDESA.—*Cabizbaja y reflexiva.* ¡Es tímido, es casto! ¡no hay duda! Le perseguiré; le seduciré... *El Bufón asoma nuevamente la cabeza por entre las cortinas. La Condesa, suplicando.* ¡Os amo, bufón! Apiadaos; no me privéis del beso; es un capricho; es una golosina...

BUFÓN.—*Reaparece. Huecamente.* ¡Condesa, el amor sensual tiene alas de fuego y mis alas son irisadas... soy casto como un arcángel!... ¿Y, al fin, condesa, qué amáis en mí?

CONDESA.—Hay algo en vos, no sé explicarlo, algo que me incita que me violenta...

BUFÓN.—*Siempre en tono campanudo.* La amistad del cerdo, condesa, se manifiesta gruñendo... Yo no podría amaros sin burlarme de vuestro amor. No olvidéis que soy bufón, condesa... Vejete, rojo y ventrudo, amo el vino y las folías galantes... ¡Platónicamente, condesa!... Mi sombrero tirolés tiene plumas de gallo... *Con intención.* ¡Nada más que mi sombrero, y sólo plumas, condesa! ¡Contentaos con la sombra del árbol sin exigirle frutos...!

CONDESA.—*Reiterando la súplica.* Un abrazo al menos, bufón; os autorizo para que me abracéis...

BUFÓN.—Condesa, voy caminando hacia la prudencia, voy entrando en años. No haré uso de vuestra munificencia...

CONDESA.—*Suplicando.* Aprovechaos, bufón; es breve la vida... Aun sois joven...

BUFÓN.—En la juventud de los viejos suele haber más satiriasis que amor, condesa. El amor es la plena generosidad del corazón dentro de la más plena afinidad electiva. Pero, condesa; dejemos por ahora en paz el amor... Más tarde, puede que... tampoco os ame... El amor no es un cálculo pasional, condesa... El amor es una inspiración suave de primavera... *Desaparece vivazmente.*

CONDESA.—*Siguiendo tras el bufón.* ¡¡¡Cruel!!! ¡¡Cruel!! ¡Cruel!...

ESCENA V

MAESTRE, PAJES.

MAESTRE.—¡Habéis equivocado el puesto del asno, mentecatos!... El asno debe quedar cerca del marqués... ¡Es un precioso obsequio! Hay que darle espectable y honrosa compañía... *Modifican la disposición. Se oye lejano coro de voces que entonan in crescendo una pastora, antigua. El Maestre sigue inspeccionando; los pajes escuchan con el busto en escorzo hacia la puerta del foro.*

PAJE 1.°—¡Son los aldeanos!...

PAJE 2.°—¿Vienen también al homenaje de la princesa?... ¡Bravo bravo!...

PAJE 4.°—*Jubilosamente.* ¡Sí; los aldeanos!... ¡Qué cintajos, qué colorines!

PAJE 3.°—*Indicando.* ¡Y que guapa la mozuela!

PAJE 1.°—Es Mari.

PAJE 4.°—¿La novia del sacristán?

PAPE 1.°—Dicen eso...

ESCENA VI

Mismos y ALDEANOS, entrando. Cesa el canto.

MAESTRE.—*Dispone, arregla, corrige... A los pajes.* ¡Iluminad! Es hora... *Iluminan. Restregándose la mano con satisfacción...* Daremos los últimos toques... *Mira, remira. Los aldeanos, embobados, curiosean con la mirada. El Maestre los coloca en fila frente al trono.* ¡Y ahora avisad!... *Al paje 2.° Este sale. Prosigue el Maestre su meticulosa tarea.*

ESCENA VII

REY, REINA, MARQUÉS, POETA, FÍSICO, BARBERO, FRAY, HERALDOS, FORASTEROS, CORTESANOS, entrando pausadamente.

El Maestre va indicando la colocación de las personas.

REY.—*Alzándose majestuosamente.* ¡Gracias sean dadas a ti, oh!

¡Cielo! Tú nos devuelves a la princesa. Tú inspiras así el renacimiento de la vieja raza de nuestra bravía montaña. Su alma estaba ausente. Su lozanía, su encanto, desvanecidos... Vedla. Nuevamente vibran las alas de su espíritu y la belleza radia por sus ojos amante y epasionada curiosidad... ¡Esta era nuestra hija! ¡Cielos! ¡tuyo es el don!.. Te Deum...

FRAY.—*Reza el himno, alto al principio, después apianando.*

REY.—*Continúa.*—Y a vosotros, príncipes que habéis venido a auspiciar con vuestros afectos esta santa fiesta de la resurrección de Eucaris; para todos, amigos y vasallos, mi casa y mi castillo se abren ante vuestro paso amplia y cordialmente... ¡Sed bienvenidos! *Suena el toque del clarín de los heraldos.*

ALDEANITA.—*Avanza y saluda reverente.* Aurora me llaman. Con mi veste floral, perlada de rocío, bajé del picacho nevado a los valles mansos, donde humea el horno rústico... Es inquietud divina la de estos momentos de anunciación... El nido en flor pico tea sobre mi cabeza maravillada su tímido balbuceo... Desde la loma ingenua difunde el caramillo sus frases de primavera con sentimental indolencia. Reverdecen los campos; reflorecen las sonrisas. El espíritu de los claveles exhala su tibia caricia. Como jazmines alados, vienen y van las mariposas blancas, revolando por los arbustos y las malezas. Majestad, reina mía, príncipes: todo esto es la resurrección del alma de la princesa, que es también nuestra alma. ¡Ah! Ya está nuevamente entre nosotros. Y ahora, decid, ¿no es ella alborada que resurge tras la montaña, primavera que retorna al valle y cántico que prosigue su inspirada cadencia?... ¡Que os sea grata nuestra ofrenda, a vos, princesa, y al trono, vieja, noble y amada encina de la comarca!... *Reverencia profunda. Vuelve a su sitio entre aplausos vehementes. Las aldeanas vienen hasta el sitial de Eucaris y depositan a sus pies palomas, geranios y claveles. Pausa.*

ALDEANILLO.—*Llevando un ramo de rosas, y seguido de un corderito enflorado y con moña carmesí, avanza hasta frente al trono y saluda.* Al amor de las auras sueñan las rosas en los jardines hieráticos. Hoy es la fiesta de la princesa. Esconded vuestras espinas, rosales amados. Lucid sólo rosas. Las hay de carmín, de sangre y de gualda. ¡Qué hermosa estás, Eucaris! Es delicada vuestra frente. Rosas de Francia, suavizad vuestras espinas. Un efebo electo viene entre vosotras tejiendo la corona nupcial. Rosas mías, firme en vuestro tallo, ocultad las espinas; no os deshojéis, que va a estallar un beso de amor en la frente de vuestra hermana. Eucaris, aceptad nuestra ingenua epifanía! *Deposita las rosas a sus pies y ofrenda el cervatillo.*

MARQUÉS.— *Al Rey.* Permitid que el poeta venga a expresar por mí lo que yo no diría sino en vulgar prosa...

REY.—Sí; la poesía va a alzar su voz de oro en estos férvidos momentos. Hablad, poeta...

POETA.—*Pausa. Saluda acoquinadamente; y después de cavilar, con gestos espásticos se dirige a Eucaris.* Eres como una estrella; digo poco... Eres como una aureola, como una hermosa aureola... Pero, eres más aún, eres... *Premiosamente* algo que la idea no acierta... Eres crispatura célica; eres... *Al Marqués.* La inspiración me falla, marqués. Eres... No viene, marqués... *Al barbero.* ¡Acorredme!

BARBERO.—¡Perdón, majestad: las musas traicionan al poeta! *Este cae cómicamente desplomado en brazos del Marqués. Sorpresa general, rumores bullentes. Fray manotea y sopla la cara del poeta, hace el signo de la cruz y aquél se repone.*

EUCARIS.—*Alzándose con radiante serenidad.* ¡Majestad! ¡Mi alegría proyecta una sombra: la sombra de la injusticia! Olvidáis ingratamente al bufón... Él es mi verdadero resurrector! ¡Mi maestro de alegría, mi soplo dionisíaco!...

REY.—En verdad... Pero... ¿dónde está el bufón?... *Todos miran como buscando.* ¡Llamadle! *Sale el Maestre. Expectativa y conversación rumorosa.*

ESCENA VIII

Mismos y BUFÓN.

Bufón entra cabizbajo, sinceramente abrumado. Curiosidad, cuchicheos.

EUCARIS.— *Silencio. Férvida.* Sí: vos sois, maestro... A vos os debo mi nueva juvenilia; el hallazgo maravilloso de mi orientación perdida A vos, bufón sublime. *El bufón calla tristemente, la cabeza gacha.*

REINA.—¿Estáis triste, bufón?

BUFÓN.—*Pausa. Suspirosamente.* ¡Triste, reina!... ¡Triste!... Los grandes dolores son como las estatuas de las tumbas: sólo hablan con la actitud y el silencio...

REY.—Hoy es inoportuna la tristeza, Bufón. Festejamos efusivamente a nuestra Eucaris... ¿O acaso la princesa ha resucitado a costa de vuestra alegría?...

BUFÓN.—¡Acaso! Siempre es una desgracia resucitar almas para otros...

MARQUÉS,—¿Pretendíais resucitarla para vos?

REY.—*Humorísticamente.* Pero ¿vos amáis a la princesa? ¡Qué bizárra bufonada!

BARBERO.—¡Ya empieza!

FRAY.—¡Se alegra el bufón! *Mirando al Marqués.* ¡Dios nos libre! *Se santigua.*

BUFÓN.—Rey, dispensad, dispensad mi audacia heroica; amo a Euca-

ris. *Enérgico.* ¡¡La amo!! *Risas generales. El bufón llora. Aplausos y bullicio.*

MARQUÉS.—¡Buen bufón!

BARBERO.—¡Qué salida tan ingeniosa!

EUCARIS.—¡Y qué llanto tan humano!

POETA.—¡Pero éste es un gran bufón!

REY.—¡Ah!, redomado histrión, vuestro falso dolor casi me conmueve. ¿O lloráis de veras? ¡Pero, si esas son lágrimas! Lo creería si no fuera por vuestra corcova maleante...

BUFÓN.—Risas y sollozos, todo alterna y se combina en esta sentimental mascarada de la vida...

EUCARIS.—Bufón, vuestro dolor es el único verdadero. El corazón no me engaña...

BUFÓN.—Se está fraguando en mí una gran conspiración contra las tinieblas: soy el genio que va a robar un nuevo matiz del cielo. ¡Ya lo veréis! Os traeré un haz luminoso de porvenir en mis manos críspas,

REY.—Habéis estado sublime, bufón... Quiero premiaros magnificamente... Danzad, Eucaris, danzad en honor del bufón: he ahí vuestra recompensa...

PRÍNCIPES.—¡Que dance Eucaris!

PAJES.—¡Que dance la princesa! *Ante la expectativa los aldeanos palmotean y bullen jubilosamente.*

REY.—¡Sí; a la danza Eucaris!

MARQUÉS.—*Al bufón.* ¿Queréis más delicioso premio, bufón? *Este calla.*

EUCARIS.—*Se destaca leve y graciosamente hacia el centro de la sala, y danza acompañada por los violines y músicas aldeanas. Murmullos de admiración, aplausos. Pausa.*

REY.—Bufón, ahora divertidnos. Os toca a vos. Vuestro falso llanto es cómico, pero no basta. No todo sea mímica: hablad picante, bizarra y locamente. *Con sádica intención.* Prendeos como un tábano no importa a qué epidermis.

BARBERO.—*Aparte.* En guardia, marqués.

BUFÓN.—Majestad, ¡creo más en la belleza de las lágrimas que en las palabras!

REY.—No reparéis en escrúpulos de belleza, y soltad locuazmente vuestra ágil lengua... Es ese el verdadero demonio que os avalora.

BUFÓN.—*Se inclina mustio y calla.*

MARQUÉS.—*Con sorna.* ¿Está hipocondríaco el bufón? Poco le dura la vena...

BARBERO.—Y se las da de maestro de alegría... ¡Si yo le sangrara!

FRAY.—Vale más el hisopo. ¡Si yo le aspergiara!

REINA.—¿Algo os conturba, bufón?

REY.—Al menos, contad vuestras cuitas...

MARQUÉS.—Cumplid con vuestra misión; estad alegre. ¡Alegradnos!...

BUFÓN.—¡Majestad! Reptando venía hacia mí una viborilla roja, por entre flores; por entre flores, marqués. Yo la dejaba venir... Y reptaba y reptaba; y al enfrentarme, se irguió, se encaró diabólicamente. ¿Sabéis qué hice? ¡Me arranqué la joroba y la arrojé a su paso! *Risas.* La viborilla clavó el colmillo. *Indicando la giba.* Y aquí ha quedado su veneno, todo su veneno.

REY.—¿Y eso os contrista?

BUFÓN.—Lo que me contrista es no tener colmillos, majestad. No basta el veneno; hay que destrozar, triturar...

MARQUÉS.—¿Pero no tenéis garras, bufón?

BUFÓN.—Insólitamente habéis dicho bien. Sí, tengo garras; soy el águila heliaca. Y cuando el águila crispa sus garras, la presa está segura. Sí, marqués del Val, segura, enteramente segura...

MARQUÉS.—No os comprendo, bufón; os mostráis más enigmático que nunca...

BUFÓN.—Una gran ráfaga de simpatía y exaltación viene de las nubes, marqués; no hacia vos. La hora de la clarividencia llegará, alto señor. No es hacia vos...

REY.—*Con sarcasmo.* Bufón, sois profeta: esa hora ha llegado... *Alzándose.* Príncipes, amigos, casas ilustres, hidalgos, mesnadas, vasallos, os anuncio una buena nueva: otorgo augustamente la mano de la princesa Eucaris al preclaro marqués Florencio del Val, vencedor de a casa de Castel y señor de la torre de los Escudos. *Admiración. Silencio. Pausa solemne. Suena el clarín de los heraldos. Eucaris, demudada, procura reprimir su turbación.*

BUFÓN.—*Aparte. Mirando a Eucaris con amargura compasiva.* ¡Cómo va perdiendo el mundo su lozanía espiritual a medida que se vanaliza el amor! *Pausa.*

MARQUÉS.—*Intranquilo.* Mirando a la princesa, ¿calla?

REY.—*A Eucaris.* Princesa, ¿vuestro silencio es aceptación, es amor sumiso, es mansedumbre de paloma? ¿Al fin habéis comprendido?

EUCARIS.—¡No interpretéis mi silencio, padre! *Suspirosa.* ¡Y para esto he resucitado! ¡Sólo para esto! ¡Y decís que me amáis, padre!

REY.—¡Me sorprendéis, Eucaris! ¿Qué objetáis? ¿Pero no habíais curado?

REINA.—Hija, reflexionad...

MARQUÉS.—Eucaris...

EUCARIS.—Un espíritu extraño me dijo: despierta, besándome en los párpados; y fuí núbil y conocí la luz de los deseos. Y esto, padre mío, no ocurrió en la Torre de los Escudos, sino en la Floresta de las Ro

sas... Rey, es otra mi orientación, es otra mi luz, son otros mis deseos... *Al marqués.* No es hacia vos...

REY.—*Al Bufón.* ¿No decíais haberla curado?... ¡Farsante! Juglar fascinador...

REINA.—¡Y yo que había creído!...

POETA.—¡Cosas de bufón!

MARQUÉS.—¡Qué engaño para todos!

BARBERO.—Yo no creí en el físico.

FRAY.—No hay como el hisopo.

EUCARIS.—*Prosigue con tenue mansedumbre.* Era una mañana de alegría ingenua. El encanto venía desde lejos, desde el sol. Yo llegué sonriendo al valle, pálida al principio, después toda encendida, cuando me entregué al amor de la luz. Era una mañana de amor... Y vagando por la floresta, vagando, vino la noche con paso sigiloso. Un discreto aleteo de confidencias mudas rumoreaba por entre el follaje no sé qué galante historieta ya olvidada. Y el paisaje parecía escuchar mansamente la resonancia misma de su silencio adorable. Y todo, todo reposaba al amor plácido de clara luna. *Con exaltación suplicante.* Soy hija de la ilusión, padre mío! Dejad que mi alma tienda sus alas donde quiera. ¡Amo el espacio luminoso! *Siempre suplicando. Al Marqués.* No es hacia vos, no es hacia vos.

REY.—Basta, Eucaris, basta; nada nos explica esa neblina poética...

REINA.—Princesa, os disculpáis vagamente... ¡Hija mía!

FRAY.—Traed mi caldereta.

MARQUÉS.—¡Persiste el hechizo de la princesa!

BARBERO.—¡Se impone otra sangría, voto a Paracelso!

BUFÓN.—Majestad. ¡Hay cosas que no pertenecen a la razón, sino al sentimiento! El marqués, quizás sea la razón, vuestra razón. Pero, os lo aseguro, el señor del Val no es el sentimiento, no es la ilusión.

REY.—Y ¿quién sería el sentimiento, quién la ilusión?

BUFÓN.—Eso suele ignorarse toda la vida, majestad.

REY.—¡Creí que pretenderíais serlo vos!

MARQUÉS.—Sería repetir la histrionada anterior.

REY.—*Con firmeza.* Eucaris, antes que mujer eres hija: me debes obediencia plena...

REINA.—Obedeced, princesa, obedeced... ¡Adorada mía!

EUCARIS.—El cielo me manda obedecer los anhelos de mi alma. *Al Marqués.* No es hacia vos.

REY.—*Irguiéndose.* ¡Eucaris! ¿rehusas al marqués del Val...?

EUCARIS.—*Calla.*

REY.—¿Rehusas, Eucaris...? *Silencio.* ¡Bien! No insisto, pero escuchad: os casaré con el bufón! *Rebullicio sorpresivo.* ¡Sí, con el bufón! Elegid. Os concedo un plazo. No diréis que no os amo... *A los músi-*

cos. Tocad una balada antigua, la del «Príncipe Errante». Y cuando haya terminado, *A Eucaris*: ya deberéis haber decidido vuestra perplejidad. No hay otra disyuntiva: o el marqués Florencio del Val o el «Bufón Sublime». *Suena la balada.*

BUFÓN.—*Monologa mirando a Eucaris.* ¡Murió la esperanza! Doblad, campanas, vuestro eterno duelo! ¡Murió la esperanza! ¡Doblad, campanas! Volveré a la paz de mi noble soledad; a la compañía de mis grandes pensamientos... ¡Doblad, campanas! *Cesa la música. Pausa.*

REY.—*Con sorna.* ¿Queríais, princesa, que premiara al bufón?... Pues bien, le premio. Elegid entre él y el marqués del Val.

EUCARIS.—*Sollozando.* ¡Padre mío...!

REINA.—*Al Rey.* Concededle breve plazo aún; ella cederá. ¡Sí, hija, hija mía...!

EUCARIS.—*Suplicando.* ¡La balada del «Príncipe Errante» me enajenó!... No pude resolver. ¡Rey mío! ¡Padre mío! *Suspirando.*

REY.—¡Me conmovéis! Os concedo una prórroga... *A los músicos.* Tocad el romance de los «Pastores Beduínos»... *Tocan los músicos.*

EUCARIS.—*Aparte, al bufón.* Si os elijo, ¿me prometéis que le veré, que le veré siempre, cuando yo quiera...? ¿Me prometéis? Decid...

BUFÓN.—*Calla.*

EUCARIS.—Sí, prometédmelo. Vos sois mi buen mago. ¡Prometédmelo!... ¡Bufón, despierta!... Habla. ¡Renueva tus prodigios...! ¡Habla! bufón!

BUFÓN.—*Gravemente.* ¡Os lo prometo, princesa, os lo prometo!

EUCARIS.—*Aparte.* ¡Bufón, maestro, acorredme! *Termina la balada. Pausa.*

REY.—Y ahora, princesa, ¿siempre dudáis? ¡Ahí tenéis al bufón, ¡Hermoso doncel! Elegid... *Eucaris calla y vacila.*

BUFÓN.—¡Majestad, recupero el humor, vuelvo a entrar en vena!... Pero, al menos, considerad, rey ecuánime, que el caso resulta escabroso para mí. No es probable que con estas narizotas, estas barbas, luengas, y sobre todo, con este aditamento dorsal, pueda competir con el marqués...

REY.—*Al barbero.* ¡Maese barbero, extraedle la joroba al bufón!

BARBERO.—*Hace el gesto respectivo.*

BUFÓN.—Gracias, Majestad, por vuestra intención... *Al Barbero.* No os molestéis. *Al Rey.* Pero, ¿no creéis justo que yo desee en este trance, desairado e ingrato para mí, rejuvenecerme un tanto, hermosearme algo? Majestad, ¿me concedéis un momento?

REY.—Volvéis a estar de humor, bufón... El sarcasmo os rebosa... ¿Qué salida meditáis?... Pero, ahora resulta poco oportuna vuestra chanza...

MARQUÉS.—Aguardamos vuestra sorpresa, pobre mofador de vos ismo...

REINA.—¡Ah, Eucaris mía!

BUFÓN.—Majestad. Una duda. Sólo una duda. ¿Y si la princesa me refiriera? *Risas comprimidas y cuchicheos.*

REY.—¡He dado mi palabra solemne! ¡No podéis dudar! Se trata de astigo de Eucaris, no de vuestro premio... ¡Ea, pues, embelleceos, ansformaos en gallardo imberbe... Vamos, bufón, no caviléis. ¿Le abéis prometido a la princesa embelleceros para decidirla? Pues ien, cumplid. ¡Ahora es cuando peligra vuestra cabeza!

BUFÓN.—Sí, quiero embellecerme.

MARQUÉS.—*Al bufón*. No es tan ingenua Eucaris... Eso sería burdo, ufón...

BUFÓN.—¡Rey, noble señor! El deseo es una gran fuerza de proyec- ión... Yo desdeño las cimas accesibles; quiero llegar hasta vuestra isma sangre; quiero violar el horizonte prohibido; fusionar mi villana alea de bufón con los timbres augustos de vuestra raza; para engen- rar así algo nuevo, algo viril, noble, humano, algo novador, algo que epudie las tradiciones. Aspiro a imprimir al modelo humano un gesto rofundo... Anhelo recorrer la vía del triunfo en un carro tirado por uadriga de leones. *Se sienten truenos lejanos que van in crescendo.*

REY.—Más altisonante y atrevido que jocoso estáis, bufón. Basta e cháchara. No es el momento. *A Eucaris.* Princesa, con o sin joro- a, elegid entre el bufón y el marqués...

BUFÓN.—*A Eucaris.* Aguardad, aún no; quiero embellecerme. *Risas.* 'restadme vuestro abdomen, marqués; vos, poeta, vuestra crinera la- ia de sauce mustio; y vos, gran fraile, vuestra mónita servil...

REY.—Eucaris, me exasperáis. Hablad pronto. Atreveos con el bu- ón. *El trueno crece y el rayo fulgura.* ¿No os excita la tempestad, ucaris? Es el momento de la acción...

PAJE 1.º—*Entrando agitadamente.* ¡Un rayo ha caído sobre la Torre e los Escudos!...

REY.—¡Marqués, vuestra torre!

MARQUÉS.—*Empalidece y se lleva las manos al rostro. Rumores, omentarios.*

PAJE 1.º—¡Una tempestad horrísona! ¡Vengo despavorido!...

REY.—¡Qué trastorno!... ¡Maldita tempestad!...

BUFÓN.—Dejad a la tempestad; dejadla que cumpla su misión puri- cadora. Mañana, cuando la naturaleza despierte a la vida y a la ız, habrá más inocencia en el mundo y más juventud en los cora- ones...

REY.—Pero, ¿y la Torre de los Escudos fulminada, os parece poco?

BUFÓN.—Consolaos, ¡oh gran Rey! ¡La torre de la belleza moral

está intacta, y esto es lo que interesa más en el mundo! ¡Princesa, ibais a elegir entre el Señor de la Torre del Oro y el Bufón Sublime... El rayo se declara a mi favor!...

REY.—*Exasperado.* ¡Sólo el rayo!... Princesa, excedéis los límites de mi paciencia. ¡Elegid! ¡Os lo ordeno! ¡Yo también, cuando rujo, soy como el rayo!

EUCARIS.—*Llorosamente.* ¡Rey y padre, esperaba que el bufón se embellecierа!

REY.—¡Qué candor! ¿Y eso esperabais?

BUFÓN.—La esperanza suele ser un secreto que el corazón no ve ni palpa, pero presiente o adivina. Sólo por la esperanza no se muere...

REY.—¡Princesa, elegid!... ¡Ya no sé reprimirme, elegid!... *Alzándose amenazante.* ¡Que estallo, princesa! *La tempestad va atenuándose.*

PRINCESA.—*Postrándose.* ¡Padre mío, ved mi angustia! ¡Un nuevo plazo, padre! ¡Cielos, compasión!

REY.—¡Basta de plazos!

EUCARIS.—¡Hasta la aurora de mañana, rey mío! ¡Sólo hasta la aurora!...

REY.—No; ahora mismo, ahora...

PRINCESA.—*Agitándose toda.* ¡Padre, padre, sed clemente! ¡Hasta que haya luz de oro y rosa en el cielo! ¡Hasta el alba!...

REY.—*Roncamente.* No; no... ¡Pronto, princesa! ¡Os conmino!...

EUCARIS.—¡Es noche, estoy medrosa; hasta que nazca el sol, rey y señor mío!

REY.—*Con sarcasmo.* ¡Hasta que nazca el sol!...

PRINCESA.—¡Sí, padre mío; hasta que nazca el sol!...

BUFÓN.—*Se quita el disfraz rápidamente, quedando a la vista el conde Raúl de Castel. El Rey, la Reina, el Marqués, todos atónitos, no aciertan a decir cosa alguna. Entre los aldeanos, murmullos de admiración.*

PRINCESA.—*Extática, radiante y transfigurada, se arroja en brazos de Raúl, exclamando.* ¡Nació el sol! ¡Nació el sol!...

(Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA

PRECIO: UNA PESETA